

Evangelismo y Apologética

Copyright © 1992 Stephen C. Perks

De *Calvinismo Hoy*, Vol. II, No. 1 (Enero 1992)¹

- [El Oficio del Evangelista](#)
- [El Evangelismo en Hechos 8:1-4](#)
- [Defendiendo la Fe](#)
- [Diagnosís de una fobia evangélica](#)
- [Dando testimonio de la fe](#)
- [El Evangelismo y la decadencia de la iglesia](#)
- [Conclusión](#)

Y él mismo constituyó a unos, apóstoles; a otros, profetas; a otros, evangelistas; a otros, pastores y maestros. (Efe. 4:11)

Entrando en casa de Felipe el evangelista. (Hch. 21:8)

Pero tú sé sobrio en todo, soporta las aflicciones, haz obra de evangelista, cumple tu ministerio. (2 Tim. 4:5)

Pero los que fueron esparcidos iban por todas partes anunciando el evangelio. (Hch. 8:4)

Sino santificad a Dios el Señor en vuestros corazones, y estad siempre preparados para presentar defensa con mansedumbre y reverencia ante todo el que os demande razón de la esperanza que hay en vosotros. (1 Pedro 3:15)

La palabra Griega *euangelizo* significa *traer buenas nuevas, anunciar o proclamar alegres noticias*. El *euangelion* son las noticias gozosas o buenas nuevas anunciadas, el evangelio. Un *euangelistes*, un evangelista, es quien trae o proclama las buenas nuevas. Este grupo de palabras es contrastado en el Nuevo Testamento con el grupo de palabras asociado con *kerusso*: *kerusso* significa *proclamar o predicar*, y *kerugma*, la sustancia, es una *proclamación*. El *kerux* es el *heraldo* o predicador de la proclamación. En este último grupo de palabras el énfasis se halla mucho más sobre la naturaleza oficial o formal del mensaje. Un heraldo (*kerux*) era un mensajero oficial con autoridad para proclamar el mensaje de los reyes, príncipes y magistrados, etc.

Sin embargo, el significado y uso de estos grupos de palabras se entrelazan considerablemente en el Nuevo Testamento. Así, en Mateo 4:23 se nos dice que Jesús estaba enseñando en las sinagogas y “predicadno (*kerusson*) el evangelio (*euangelion*) del reino.” De igual manera Felipe, quien era un evangelista, se dice que les había “predicado” (*ekerussen*) a Cristo a los Samaritanos (Hch. 8.5). Por lo tanto, no es posible asignarles ningún gran significado a estas palabras con respecto a los oficios y roles distintivos del predicador y el evangelista. Sin embargo, indudablemente hay una diferencia entre los dos y

¹ Lo esencial de este artículo fue un sermón originalmente predicado en la Iglesia Evangélica de Jennyfield, Harrogate, Yorkshire, el Domingo 29 de Julio de 1990.

esto se establece sobre la base de Efesios 4:11.

Generalmente hablando la diferencia entre la obra de un evangelista y la de un predicador o maestro se entiende de la siguiente manera: un evangelista es uno que *anuncia* las buenas nuevas, y de este modo uno que inicialmente trae el mensaje de salvación a aquellos que se encuentran fuera del reino de Dios. El predicador o maestro es alguien que *expone* el evangelio o la palabra de Dios en su plenitud, y quien enseña así la fe Cristiana de manera sistemática a los fieles. Sin embargo, la diferencia es principalmente una de *oficio*, no de método. El énfasis del predicador se halla en la exposición sistemática de la Biblia, aunque ciertamente esto implica proclamar las buenas nuevas a la congregación, y el énfasis del evangelista se halla en proclamar a los no convertidos, que implica la predicación o enseñanza de la palabra de Dios.

El Oficio del Evangelista

En Efesios 4:11-14 se nos dice que Cristo ha instituido ciertos ministerios en Su iglesia para el equipamiento de Su pueblo para la obra del servicio, y para que la iglesia pueda ser edificada y para que podamos crecer en la fe y en nuestro entendimiento de la fe, para que el cuerpo de Cristo pueda madurar a la imagen de Cristo. Uno de estos ministerios es el de evangelista. Por lo tanto, la tarea del evangelismo es un llamado específico a ciertos individuos. Es uno de los varios oficios que Cristo ha instituido para la obra de la iglesia y para su edificación. No es un oficio dado a todos, y por tanto el evangelismo no es una tarea o responsabilidad que tenga que ser respaldada por todos los creyentes. Algunos son llamados y ordenados como evangelistas, y tienen esta función específica dentro de la iglesia como tales. Algunos reciben este llamado de parte de Dios y los dones para desempeñarlo de acuerdo a la palabra de Dios. Algunos son llamados por Dios para hacerlo y se les dan los dones, sin embargo no pueden ser reconocidos u ordenados por alguna iglesia institucionalmente organizada, pero no obstante llevan a cabo su llamado en obediencia a Dios a medida que Él les equipa y les provee de oportunidades. El punto es simplemente que este es un llamado y un oficio que es dado a algunos y no a otros. No todos los Cristianos están llamados u obligados para involucrarse en el evangelismo por la palabra de Dios.

Se nos dice que Felipe fue específicamente llamado como un evangelista (Hch. 21:8; 8.5). Así también fue con Timoteo (2 Tim. 4:5). Por lo tanto, es claro, a partir del Nuevo Testamento que el evangelismo es una tarea confiada a ciertas personas y los dones y el oficio de un oficio están limitados a esas personas. La tarea del evangelismo no es aplicable a todos los Cristianos.

El Evangelismo en Hechos 8:1-4

En Hechos 8:4 se nos dice que “los que fueron esparcidos iban por todas partes anunciando el evangelio.” La palabra traducida *anunciando* aquí es *euangelizomenoi*. De este modo, cuando esta persecución llegó el resultado fue que aquellos que fueron esparcidos por ella fueron por todas partes evangelizando o predicando la palabra. Se debe observar aquí que la escritura no dice que a todos se les *requirió* ir evangelizando. No todos pueden hacer esto, o están en posición de hacerlo incluso si tuvieran la habilidad y el deseo. Por lo tanto, este

incidente representa un caso especial de actividad evangelística en un período crucial en la vida de la iglesia primitiva. No debiese ser visto como una situación normal o como un ejemplo o boceto a seguir para un programa evangelístico de la iglesia. Fue una situación inusual producida por la severa persecución. Claro está que el propósito último provenía de Dios; fue Su obra para que el evangelio pudiera ser predicado de manera intensiva en un área mucho mayor de lo que hubiera sucedido de otra manera. Pero este incidente no constituye un paradigma para la actividad evangelística normal. Fue una situación divinamente ordenada producida por la interrupción de la vida normal. Estas personas fueron perseguidas y esparcidas debido a su apego a la fe. De modo que hubo un cambio fundamental en sus vidas. Este fue un momento de gran actividad por parte del Espíritu de Dios y fue un momento de gran avivamiento (v. 6). Este fue un momento desesperado con un derramamiento específico del Espíritu Santo para esos tiempos. En tiempos ordinarios estas personas no hubiesen hecho esto. Debieron haber tenido empleos, responsabilidades, obligaciones, etc., y hubiese estado perfectamente bien el que ellos se ocuparan de estas cosas. Hubiese sido irresponsable y erróneo de su parte el desarraigarse y dejar sus empleos y puestos en la vida para involucrarse en este tipo de evangelismo en circunstancias normales. Pero estas eran circunstancias anormales creadas por Dios mismo para este propósito específico. Estas personas se vieron obligadas a salir de sus posiciones y circunstancias normales en la vida. Dios no les ordenó que hicieran esto, fue el resultado de una situación anormal producida por la voluntad secreta de Dios.

Se ha sugerido que la palabra traducida “*anunciando*” en Hechos 8:4 debiese ser traducida mejor como “*charlando*.”² Entonces el verso sería leído de la siguiente manera: “Aquellos que fueron esparcidos fueron por todas partes charlando de la palabra.” En mi opinión esta es una buena interpretación. Describe muy bien lo que sucedió en aquel momento. Una gran persecución había venido sobre el pueblo de Dios; habían sido expulsados de sus hogares y habían sido esparcidos por el país. Todo esto fue el resultado de la adversidad de los enemigos de Dios en contra de Su pueblo. Pero el resultado fue para la gloria de Dios, pues estas personas fueron esparcidas, y en lugar de aplastar la iglesia y terminar con la predicación del evangelio, que era claramente lo que la persecución tenía como propósito, el resultado fue que el evangelio se propagó a lugares más distantes. De manera que Dios recibió gran gloria a partir de la gran persecución de Su pueblo, pues dondequiera que iban le contaban a la gente sobre lo que había sucedido con ellos debido a su fe en Cristo, de cómo habían sido perseguidos, y como muchos de ellos habían sido encarcelados e incluso muertos, y de cómo habían escapado para contar la historia y compartir con otros las buenas nuevas de Jesucristo.

Permítame dar una ilustración contemporánea que podría ayudar a arrojar alguna luz sobre esta situación. Si viviésemos en uno de los países del Bloque Oriental Soviético que acaban de pasar por una guerra civil, como Rumania, las cosas podrían ser muy similares. Un pueblo oprimido se encuentra repentinamente en medio de una gran agitación y turbulencia social. Hay un intento por parte del pueblo de liberarse de los grilletes de la tiranía estatal y obtener así su libertad, pero las fuerzas leales al antiguo régimen están contraatacando y la vida se ve trastocada en un grado fuera de lo corriente. Muchos han visto sus hogares destruidos y sus familias asesinadas, y por lo tanto la vida no puede continuar como antes. Pero la revolución va ganando poder y el pueblo tiene esperanza en la victoria. Tales

2 D. Martyn Lloyd-Jones, *La Predicación y los Predicadores* (Londres: Hodder & Staughton), p. 102.

personas estarían naturalmente llenas de lo que está sucediendo, hablando de ello, charlando sobre los eventos más recientes, y aún en medio de tal tragedia y sufrimiento habría esperanza; y a medida que la victoria se acerca todos los involucrados estarían diseminando la información y anunciando las buenas nuevas de la victoria inminente por dondequiera que fuesen.

Claro está que hay diferencias significativas entre esta situación y la de Hechos 8. Pero en muchos aspectos la situación sería similar. La misma plática acerca de lo que había sucedido se llevaría exactamente como sucedió en Hechos. Esto es resultado de la naturaleza humana. La causa y el escenario pueden ser distintos, pero la naturaleza humana responde de la misma manera. Pero cuando la guerra termina la vida la apacigua y vuelve otra vez a la normalidad. El grado poco usual de agitación y charla acerca de las noticias llegaría a su fin. La gente ordinaria tendría que continuar con sus empleos ordinarios y con su vida de todos los días, claro que en una nueva libertad recién encontrada que sin duda marcaría una gran diferencia para sus vidas. Pero sus vidas deben regresar a la rutina normal de todos los días, etc.

Lo que estoy diciendo es simplemente esto: las circunstancias inusitadas lanzan a las personas ordinarias al desempeño de roles poco corrientes. Y esto es lo que sucedió en Hechos. Dios obtuvo una gran gloria a partir de ello. En realidad Él lo planeó. Pero lo que sucedió no fue resultado del mandamiento de Dios a Su pueblo de hacer ciertas cosas de manera directa. A estas personas no se les ordenó que salieran de allí y que evangelizaran. Fueron lanzados hacia la agitación y la turbulencia, y los arrebatos poco corrientes y el grado de evangelización y charla con respecto al evangelio fue el resultado natural de esta situación extraordinaria. Por lo tanto no podemos usar este pasaje como un texto para enseñar acerca de la actividad evangelística normal. No es un paradigma para los programas evangelísticos de la iglesia, pues no todos podemos salir y dejar nuestros empleos, poblados y responsabilidades; sería equivocado e iría contra la palabra de Dios hacer eso en circunstancias normales: “Cada uno en el estado en que fue llamado, en él se quede” dice el apóstol (1 Cor. 7:20). Esto no quiere decir que no podamos cambiar nuestras ocupaciones o profesiones cuando llegamos a ser Cristianos, sino simplemente que no debemos hacerlo solo como resultado de haber llegado a ser Cristianos – a menos, claro está, que seguir en ello fuese una violación de la ley de Dios. De hecho Dios puede llamarnos a algo diferente, incluso a una vida de evangelismo. Pero este no es el caso, y generalmente no lo es. Por tanto, no debemos pensar que llegar a ser Cristiano significa que debemos apresuradamente salir en misiones evangelísticas, etc. El evangelismo es un llamado específico, y si Dios nos está llamando a este oficio será algo muy claro. En circunstancias normales hemos de continuar en la situación en que estamos cuando llegamos a ser Cristianos. El llegar a ser Cristianos no nos convierte automáticamente en evangelistas, ni significa que tenemos la obligación de involucrarnos en el evangelismo.

Defendiendo la Fe

Sin embargo, *todos* los creyentes son llamados a estar preparados para presentar defensa de su fe: “Sino santificad a Dios el Señor en vuestros corazones, y estad siempre preparados para presentar defensa con mansedumbre y reverencia ante el que os demande razón de la esperanza que hay en vosotros” (1 Ped. 3:15). La palabra aquí traducida “razón” es

apologian, y significa una *defensa verbal* o un *discurso en defensa*. De este modo, a todos se nos requiere, por la escritura, a estar listos para dar un argumento razonable en defensa de nuestra fe. De la palabra Griega *apologia* obtenemos la palabra Inglesa *apología* y también la palabra *apologética*. La apologética es la tarea de explicar y defender la fe, y es una parte muy importante de nuestro testimonio Cristiano, pues a todos se nos requiere que estemos listos para hacer esto en algún grado.

Este es un requerimiento significativo de la escritura, puesto que hemos de dar una defensa razonable de nuestra fe primero debemos *entender* la fe. Por lo tanto, debemos comenzar a crecer en nuestro conocimiento y entendimiento de la palabra de Dios desde el momento en que llegamos a ser Cristianos si es que vamos a estar en posición de dar una defensa adecuada de nuestra fe a aquellos que nos pregunten al respecto.

Es un hecho que en nuestras iglesias y seminarios teológicos de hoy este patrón bíblico del evangelismo como un llamado específico y la apologética o la defensa de la fe como el llamado a todos los creyentes ha sido trastornado. Y este es un problema que prevalece en todas las denominaciones. Nuestros seminarios han puesto la Biblia al revés con respecto a esto – como ciertamente lo han hecho en muchas otras cosas. En los seminarios teológicos y Bíblicos la apologética es enseñada a los pastores y a los estudiantes de ministerio, y es vista como un curso particularmente relevante a *su* ministerio, pero no algo con lo que los miembros individuales de las congregaciones a las que van a ministrar deban ser cargados. En otras palabras, es un curso especializado para los ministros. Y al mismo tiempo, especialmente entre las iglesias y seminarios evangélicos, se alienta a los pastores a entrenar a sus congregaciones en el evangelismo y a estimular a sus miembros a involucrarse en el evangelismo de alguna manera. De manera que tenemos programas evangelísticos en las iglesias orientados a entrenar a los miembros de las iglesias para la tarea del evangelismo, pero casi nunca contamos con programas de apologética para entrenar a los miembros de la congregación en la defensa de la fe. La defensa de la fe es vista como la labor del especialista, quizás el ministro, y el evangelismo como la responsabilidad de cada uno de los miembros de la congregación en alguna manera.

No obstante, esta es una completa alteración del patrón establecido en la escritura donde el evangelismo es un llamado específico a ciertos individuos, y la apologética o defensa de la fe es la responsabilidad de todos los creyentes. De manera que los pastores se entrenan en apologética en el seminario, y luego salen del seminario y entrenan a sus congregaciones en el evangelismo, cuando más bien debiesen haber sido entrenados a enseñarles a los miembros de sus congregaciones a defender la fe, y entrenar para el evangelismo a aquellos con un llamado particular.

Probablemente no haya denominación, seminario o incluso iglesia el día de hoy, especialmente entre las iglesias evangélicas, que no haya cambiado este patrón bíblico. ¿Cuál es el resultado? Bueno, es obvio: los Cristianos hacen un poco de buen evangelismo en la calle, llamando de puerta en puerta, etc., especialmente los jóvenes y entusiastas, pero casi nunca se involucran en defender la fe de una manera bíblica.

Lo interesante aquí es que a muchos evangélicos, que se enorgullecen de sus actividades evangelísticas, no les gusta ni se involucran en la apologética, la defensa de la fe. Si uno se

involucra en una defensa razonable de la fe uno puede ser acusado de ser un “apologista” de la manera más condescendiente y llena de reproche, como si esto no fuera algo bueno.³ De hecho, la defensa de la fe es vista por algunos como algo erróneo porque se considera que es una aproximación intelectual de la fe, y la fe, dicen tales personas, no es algo que tiene que ver con el intelecto sino con el corazón. Pero, claro está, la fe Cristiana sí tiene que ver con el intelecto, así como también con el corazón o con cualquier otra cosa. El hombre es una criatura caída y pecaminosa, y su pecado se manifiesta en la totalidad de su ser, en su intelecto lo mismo que en su corazón o voluntad (la depravación total). Y Dios ha salvado al hombre total, no solo el corazón sino también el intelecto. Por tanto, la fe Cristiana habla a la vida intelectual, y debe ser obedecida en el área intelectual tanto como en cualquier otro aspecto de la vida; en realidad, a menos que la mente esté sujeta a Cristo nada más puede estarlo, pues es por medio de nuestras mentes que tenemos acceso a la palabra de Dios que nos dice como obedecer a Dios. Así que, el apóstol dice: “No os conforméis a este mundo, sino transformaos por medio de la renovación de vuestro *entendimiento*, para que comprobéis cuál es la buena voluntad de Dios, agradable y perfecta” (Rom. 12:2; cf. Efe. 4:23). Sin embargo, algunos nos dicen que el Cristianismo es una religión del corazón, no de la cabeza.

Esta es una dicotomía totalmente falsa y antibíblica. La Biblia no contrapone la mente o el intelecto con el corazón de esta manera. Bíblicamente hablando el corazón y la mente son la misma cosa. El hombre es una unidad y hablar de la mente del hombre, o del corazón del hombre, es simplemente hablar de la totalidad de la persona en términos de un aspecto particular de su ser. Es algo extremadamente engañoso, y puede resultar en un gran error, dividir al hombre en diferentes compartimentos tales como el corazón y la mente y luego hablar de ellas como si fuesen cosas diferentes, y como si la mente o el intelecto del hombre pudiera separarse de su corazón, y por lo tanto, de su religión.

Sin embargo, muy frecuentemente – se debe decir esto – los líderes de la iglesia desalentarán a los miembros de sus congregaciones para que no se involucren en la apologética. Dirán, “¡Oh! No tomen parte en argumentar a favor de la fe.” Ahora, ¿por qué no deberían involucrarse? Las escrituras nos dicen que lo hagamos. Necesitamos entender aquí las prioridades bíblicas, y necesitamos reevaluar nuestras prioridades cuando no estén alineadas con la escritura. La Biblia nos manda a estar listos para argumentar a favor de la fe, para dar un discurso o argumento razonado en defensa de la fe.

¿Por qué, entonces, debiesen los pastores y evangelistas desalentar a los Cristianos para no razonar con respecto a la verdad? ¿Es porque están temerosos de revelar su ignorancia con respecto a la Biblia y sus enseñanzas, una ignorancia que hoy es tan común entre los ministros y evangelistas profesionales? ¿O es porque se atemorizan de perder el argumento, o de no ser capaces de razonar con respecto a su fe? A menudo este es el caso, ¿pero qué tipo de fe se halla en el trasfondo de tal actitud?

Diagnosis de una fobia evangélica

³ Debemos señalar que la palabra Inglesa *apology* se usa en este idioma para pedir o dar disculpas. En este sentido, en Inglés, la palabra pudiera expresar la idea de *disculparse* por la Fe Cristiana en lugar de *formular* una defensa razonable y articulada de la misma. (N. del T.).

El problema es que en muchas iglesias hay una gran actividad alrededor del evangelismo en la calle y en el llamar de puerta en puerta, pero muy poca, si es que alguna, preparación de los Cristianos para dar una defensa, un argumento razonado, de su fe. Además, se ha desarrollado, especialmente entre los evangélicos, una fobia definida con respecto a razonar acerca de la fe.

Creo que existen tres razones principales para esto: la primera es que, como se mencionó antes, existe una idea errónea del Cristianismo como una religión del corazón, opuesta a una religión de la cabeza. Se considera “carnal” involucrarse en un argumento con respecto a la fe porque esto implica el intelecto y se considera que el intelecto está en oposición al “espíritu.” Este tipo de pensamiento es en realidad una forma extrema de pietismo. Es un entendimiento equivocado de lo que es la espiritualidad. Ser espiritual en el sentido bíblico involucra de la forma más definitiva al intelecto. Nuestras mentes deben estar sujetas a Cristo y dispuestas para su servicio. De hecho este es un aspecto del primer mandamiento. Hemos de servir al Señor nuestro Dios con todo nuestro corazón y con toda nuestra alma y con toda nuestra mente (Mat. 22:37), en otras palabras con la totalidad de nuestro ser.

Aquellos que desalientan a los Cristianos para que no se involucren en la apologética porque piensan que tal razonamiento es de la carne no creen que el evangelio sea intelectualmente defendible. Pero, por supuesto que lo es. Además, los Cristianos necesitan entender que el Cristianismo es la única posición intelectualmente defendible que hay, que existe solamente la verdad Cristiana y que todo lo que no se conforma a esa verdad se halla en el error.

Si el evangelio no es verdad, entonces ¿por qué lo creemos? Si es verdad, entonces podemos y debiésemos defenderlo intelectualmente. ¿Dice la Biblia que no debiésemos defender la fe porque no sea intelectualmente defendible? Claro que no; el pensamiento es absurdo. No obstante, muchos Cristianos parecen creer que defender la fe es algo inútil en el mejor de los casos, y en el peor de ellos que es algo erróneo y “anti-espiritual.” De hecho, se nos manda a evitar las controversias *insensatas* o necias (Tit. 3:9), pero un argumento razonado en defensa de la fe no es algo necio puesto que la escritura requiere que todos los creyentes estemos listos para ofrecer tal defensa.

La Biblia nos dice que todos los pensamientos han de ser traídos cautivos a la obediencia a Cristo. Se nos dice que nuestra batalla Cristiana consiste de “derribar argumentos y toda altivez que se levanta contra el conocimiento de Dios, y llevando cautivo todo pensamiento a la obediencia a Cristo” (2 Cor. 10:5). ¿Es ese el lenguaje de un apóstol que piensa que el evangelio es intelectualmente indefendible? ¡Jamás! Pablo se levantó en Atenas para confrontar la totalidad de la filosofía pagana, pues sabía que era una total necedad y un error (Rom. 1:21-22), y que solamente la religión Cristiana era defendible intelectualmente, lo mismo que moralmente. No hay ningún aspecto de la vida, ninguna disciplina, académica o de otra índole, ninguna área de pensamiento o de estudio donde la verdad de la palabra de Dios no sea autoritativa y básica para un entendimiento apropiado de esas áreas, pues Dios creó la totalidad del mundo y este puede ser entendido apropiadamente sólo en términos de Su propósito creativo.

Segundo, sin embargo el evangelismo en la calle y el llamar de puerta en puerta etc.,

requiere mucho menos trabajo. Es mucho más fácil en muchos sentidos, pero parece bien, y da la impresión de un gran compromiso. Claro que el evangelismo en la calle puede significar un gran compromiso, pero también puede ocultar una falta del mismo. El problema con la mayor parte del evangelismo en la calle es que contiene mucho ruido y no tanta sustancia. Requiere muy poca práctica real de la fe Cristiana. De hecho, en el menor de los casos requiere nada más la entrega de un tratado.

Defender la fe, por otro lado, requiere primero que todo un entendimiento de la fe, y esto a su vez requiere crecimiento y madurez en la fe. Tal crecimiento en la fe y en nuestro *entendimiento* de la fe es parte del proceso de santificación. El apóstol dice “Ocupaos en vuestra salvación con temor y temblor, porque Dios es el que en vosotros produce así el querer como el hacer, por su buena voluntad” (Fil 2:12-13). Si somos verdaderamente Cristianos Dios nos está santificando, y parte de esta santificación es el crecimiento en la fe. Pero hemos de *ocuparnos* en esto. No nos encontramos meramente pasivos en nuestra santificación, sino activos en vivir la fe. Y parte de esta actividad es crecer en nuestro conocimiento de la fe (Efe. 4:13-15). Sin crecimiento no hay santificación, y sin santificación no hay perseverancia en la fe, y sin perseverancia no hay realidad en nuestra fe.

Así que, a todos se nos ha asignado la tarea de defender la fe, y defender la fe requiere entender la fe, y esto requiere crecimiento tanto en nuestro conocimiento como en nuestro entendimiento, y en nuestra práctica de la religión Cristiana. Y este es un aspecto esencial de nuestra santificación.

Sin embargo, muchos Cristianos no quieren crecer en su fe. No quieren poder *trabajo* y *esfuerzo* para aprender y crecer en la fe. Prefieren más bien continuar como niños, alimentados con cuchara en una religión sin esfuerzo que no requiere nada de ellos pero que promete de todo a cambio.

Tercero, probablemente la razón principal por la cual tan pocos son capaces de dar una defensa de su fe en la actualidad es debido a que la fe no es enseñada de manera sistemática por aquellos que son llamados al ministerio y quienes, por lo tanto, debiesen enseñarla. Hoy hay un gran alboroto por nuestra experiencia de adoración y por lo que podemos conseguir por ser Cristianos. Y mucho de lo que pasa por predicación en los púlpitos de la tierra es simplemente información de cómo obtener el mayor provecho de la experiencia personal con Dios y con la iglesia. Pero la fe no es enseñada y la Biblia no es expuesta suficientemente para darle al Cristiano un fundamento apropiado en su entendimiento de la religión Cristiana, y de este modo la mayor parte de los Cristianos no son capaces de dar razón de la esperanza que hay en ellos. No son capaces de defender la fe porque no entienden la fe, ni siquiera han comenzado a entender la fe – y esto es así entre el clero y también entre el liderazgo de la iglesia. De hecho esta es una razón crucial por la cual tan pocos Cristianos son capaces de defender la fe. Si el ministro no entiende la fe, ¿cómo puede enseñarla a su congregación? De manera que la ignorancia prevalece y no hay defensa de la fe.

Objeción: Pero algunos dirán “Dios no necesita que lo defiendan. La fe Cristiana no necesita defensa.” Ellos ven, indudablemente, la necesidad de un retorno a la fe en Cristo en

nuestra tierra. Muchos están en oscuridad y la necesidad es de evangelismo, para que estas personas sean conscientes de su necesidad y del remedio en Cristo.

Respuesta. No dudo que este análisis de la situación es correcto. Dios no necesita que lo defiendan y el pueblo de esta nación ciertamente necesita conocer de Cristo y volverse a Él en fe. Pero la palabra de Dios no nos manda a todos a salir a evangelizar, nos requiere que demos una defensa de la fe a aquellos que nos la pidan. Sugiero que la obediencia a la palabra de Dios es la respuesta a la falta de fe en nuestra sociedad, no el evangelismo. Sugiero que la obediencia a la palabra de Dios en nuestras prioridades sería más beneficiosa tanto para la iglesia como para los no creyentes en nuestra tierra. Puede que si la iglesia fuese capaz y estuviese preparada para defender la fe cuando se requiera – y hay muchas más oportunidades para esto que oportunidades reales para el evangelismo que enfrenta el Cristiano promedio – habría menos necesidad de actividades evangelísticas frenéticas, puesto que a aquellos con quienes tenemos contacto en el trabajo, en el hogar y en cada aspecto de nuestras vidas sociales se les daría una razón para nuestra fe en una manera más retadora que atragantándoles con el evangelio en alguna esquina de la calle.

Nunca olvidemos que el Cristiano está armado con la verdad de la palabra de Dios, y no olvidemos que Su palabra es *verdad* (Juan 17:17). Si la verdad no es intelectualmente defendible, si no puede ser razonada, entonces no puede ser tanto la verdad. Es la “sabiduría” pagana la que es necia e intelectualmente indefendible. Por lo tanto, dejemos esa tonta idea de que el evangelio es algo que no puede razonarse o sobre lo cual no puede argumentarse, y demos un paso al frente con la confianza de que nuestro Dios ha hablado, que Su palabra es verdad, que solamente la verdad puede liberar (Juan 8:32), y por lo tanto, comencemos a defender la fe y a razonarla una vez más.

Dando testimonio de la fe

Ahora, se verá que estar preparado para dar una defensa de la fe a aquellos que pregunten mientras vivimos nuestras vidas diarias requiere mucho más de nosotros de lo que requiere el evangelismo en la calle o el ir de puerta en puerta. Demanda un mayor grado de consistencia en la práctica de la fe Cristiana, pues aquellos a quienes les hablamos son aquellos que verán y observarán nuestras vidas, y así nuestras obras darán testimonio de nuestras palabras. Y estas dos juntas, nuestras palabras y nuestras obras, argumentarán la una por la otra. De modo que, por nuestros frutos daremos a conocer que somos verdaderos Cristianos. Así que, defender la fe es importante, pero también implica practicar la fe. Con nuestras palabras defendemos la fe y por nuestra práctica consistente de la fe damos testimonio de Jesucristo y proclamamos la religión Cristiana de manera práctica.

De modo que, el hecho que no todos somos llamados a involucrarnos en el evangelismo no significa que no todos estemos llamados a proclamar la fe de alguna manera. Todos somos llamados a proclamar la fe por la forma en que vivimos, en palabra y de hecho. Hemos de proclamar a Cristo sujetando todas nuestras vidas a Su palabra, a Su autoridad. Esto significa que cada aspecto de nuestras vidas debe ser traído bajo Su señorío. Al hacer esto proclamamos a Jesucristo y Su salvación a aquellos con quienes entramos en contacto mucho más efectivamente que involucrándonos en la distribución de panfletos, el evangelismo en la calle, etc. La vida Cristiana es una forma total de vida que abarca todas

nuestras actividades y actitudes. Por lo tanto, cuando nos encontramos con otros y trabajamos con ellos, o en cualquier forma en que entremos en contacto con ellos, se están encontrando con el pueblo de Cristo mientras practican su religión, viviendo como súbditos de Cristo de acuerdo a Su voluntad. Esta es la forma más efectiva de proclamar a Cristo.

Hay muchos que hacen un gran énfasis en el evangelismo y que no entienden la importancia de esto. Una vez un tutor ya mayor, en un seminario Bíblico, me dijo que los Cristianos debían ser teocráticos en la vida eclesiástica pero democráticos en su vida política. De manera que Dios ha de ser el Señor de nuestra vida de iglesia, y quizá lo sea también en nuestra conducta moral personal, pero allí es donde termina Su Señorío. Cuando se trata de la política y de los asuntos públicos la palabra de Dios no se destaca. La democracia gobierna, i.e., la voluntad del pueblo. Entonces la *conveniencia política* ha de ser nuestro dios. De modo que la fe es percibida como teniendo únicamente una aplicación limitada a la iglesia y a la moralidad personal. Y dado que tenemos que vivir en un mundo que consiste mayormente de estas áreas, y dado que tenemos que involucrarnos en estas otras áreas de la vida o sino volvernos ermitaños, el Señorío de Cristo queda suspendido a favor de alguna otra autoridad por la cual buscamos entender y vivir nuestras vidas. Así, la palabra de Dios es subjetivada y espiritualizada para mantenerla lejos de estas áreas “democráticas” de la vida. Este tipo de pensamiento es típico del evangelicalismo superficial de nuestro tiempo. “Evangeliza en la esquina de la calle pero mantén a Dios fuera de la política” sería un buen eslogan para las iglesias evangélicas de hoy. El Cristianismo es visto simplemente como un asunto de ser salvo del infierno y tener una buena vida de iglesia.

Pero esto es erróneo. Hemos de proclamar a Cristo por la manera en que vivimos en *todas* las esferas de la actividad y el pensamiento. Esto significa que debemos sujetar nuestras vocaciones a Su palabra. Debemos buscar entender como nuestra profesión escogida puede ser traída bajo Su ley y desarrollada según Su voluntad. Sucede así también con nuestras vidas sociales, nuestra vida económica, en nuestras responsabilidades paternales, y en cualquier otra área de la vida. Mientras hacemos esto, mientras reformamos cada aspecto de nuestra vida según Su palabra, proclamaremos el Señorío de Jesucristo y proclamaremos, por la manera como vivimos como súbditos de Cristo, el mensaje del evangelio a aquellos con quienes tenemos contacto en el curso y la rutina normal de la vida. Tal reforma tan completa transformará nuestras vidas y nuestras sociedades tanto en los asuntos privados como en los públicos.

Así que debemos poner a Cristo de primero en todas las cosas, lo cual significa obediencia a Su palabra, mientras que al mismo tiempo nos preparamos para dar una razón, o una defensa, de la esperanza que hay en nosotros a aquellos que pregunten. De esta manera, al edificar positivamente el reino de Cristo en nuestra propia vida, familia, vocación, etc., y al prepararnos para defender la fe cuando se nos requiera, desafiamos al mundo no creyente de manera más completa y radical.

Permítame ahora darle una ilustración práctica de cómo esto puede suceder en un área particular, la de la responsabilidad de los padres, especialmente con respecto a la provisión de una educación piadosa para nuestros hijos. Creo que el sistema escolar estatal ya está colapsando, y que con el tiempo las escuelas llegarán a ser nada más centros para el cuidado de los niños cuyos padres se rehúsen a impulsar sus responsabilidades educativas, y en

efecto llegarán a ser, en lo general, muy poco diferentes a los reformatorios. Su principal propósito será simplemente la tarea de restringir a los vándalos que asistan para que no destruyan los edificios ni golpeen a los maestros. Creo que la fidelidad de los Cristianos para con Dios en sus responsabilidades paternas tendrá en última instancia una importancia no solo para sus propios hijos sino también para los hijos de los no creyentes dado que establecerán un estándar, tanto en el entrenamiento moral como en el académico, para la educación de futuras generaciones. A medida que los Cristianos comiencen a trabajar con empeño en esta área de la vida, en el campo del *homeschooling* y en la provisión de escuelas Cristianas privadas, también reclamarán a los hijos de los no creyentes, puesto que aquellos no creyentes que se preocupan por la educación de sus hijos buscarán una alternativa a las escuelas estatales, y se volverán más y más a la única alternativa válida, un establecimiento educativo Cristiano de algún tipo. Y claro, esto en sí mismo, el hecho que los Cristianos estén haciendo algo sobre esto en obediencia a la palabra de Dios, será un tremendo testimonio de su salvación, pues mostrará que la salvación que es nuestra en Cristo no es simplemente “un pastel en el cielo cuando mueras,” es una salvación total que abarca la totalidad de nuestras vidas. Esta es verdaderamente la proclamación de Jesucristo. Pero no es solo palabras, o un panfleto en una esquina de la calle, es una proclamación viviente de Cristo. Es *mostrarle* al mundo lo que significa la salvación en términos reales. Pero el problema con la iglesia al momento en esta tierra, y la razón por la cual esto no está sucediendo, es que muchos Cristianos quieren *hablar* acerca de su fe y acerca de la salvación, pero no quieren *practicarla*, no quieren vivir su salvación, u ocuparse de manera práctica como el apóstol nos manda (Fil. 2:12). ¿Cómo esperamos que Dios honre tal servicio de labios con Su bendición? Ciertamente no podemos.

Testificamos de Cristo y damos testimonio de Su gracia salvadora mientras vivimos nuestras vidas en todas las áreas para Su gloria según Su voluntad. Todos estamos llamados a hacer esto. Debemos prestarle nuestra atención y nuestro trabajo duro. En nuestras profesiones y vocaciones, en nuestra vida económica y social, en nuestras responsabilidades paternas, etc. Así que, no estoy diciendo que no hemos de compartir nuestra fe, pues hemos de hacerlo. Pero esta es la manera como lo hacemos. Y al hacerlo de esta manera, al *mostrarlo* lo mismo que al decirlo, damos testimonio de Cristo mucho más efectivamente. Hemos de mostrar que lo que Cristo ha realizado por nosotros es una salvación real aquí y ahora lo mismo que en la resurrección.

El Evangelismo y la decadencia de la iglesia

Cristo dijo “Y yo, si fuere levantado de la tierra, a todos atraeré a mí mismo” (Juan 12:32). Si Cristo es predicado fielmente, y si Él es honrado en las vidas de Su pueblo, Él atraerá a los hombres hacia Sí. No necesitaremos ir llamando a las puertas de los hombres o abordarles en las calles. Ellos estarán golpeando a nuestras puertas y abordándonos en las calles. Eso es lo que debería estar sucediendo, y cuando el evangelio es predicado y practicado con fidelidad por el pueblo de Dios creo que sucederá. Cuando el evangelio es predicado y practicado fielmente el Espíritu Santo estará operando de esta manera, trayendo los hombres bajo la convicción del pecado, pues esta es la razón por la cual Cristo lo ha enviado: “Y cuando él venga, convencerá al mundo de pecado, de justicia y de juicio” (Juan 16:8). Cuando Cristo sea levantado, con lo cual quiero decir cuando es predicado fielmente y *obedecido* por Su pueblo, Él atraerá a los hombres hacia Sí. De modo que se nos dice:

“Acontecerá en lo postrero de los tiempos, que será confirmado el monte de la casa de Jehová como cabeza de los montes, y será exaltado sobre los collados, y correrán a él todas las naciones. Y vendrán muchos pueblos, y dirán: Venid, y subamos al monte de Jehová, a la casa del Dios de Jacob; y nos enseñará sus caminos, y caminaremos por sus sendas. Porque de Sion saldrá la ley, y de Jerusalén la palabra de Jehová” (Isa. 2:2-3). Ahora, esto se dice, creo, de Jesucristo, a quien representaba el Templo, y de la iglesia, el pueblo de Dios, el cual es Sion, por quienes serán predicadas la ley y la palabra de Dios.

Pero cuando la iglesia es infiel llega a estar bajo el juicio, y “es tiempo de que el juicio comience por la casa de Dios; y si primero comienza por nosotros, ¿cuál será el fin de aquellos que no obedecen al evangelio de Dios?” (1 Ped. 4:17). Y no vemos al presente la ley y la palabra de Dios predicadas y honradas por la iglesia con algún grado similar de fidelidad al que debiese ser. Y de este modo la iglesia es empobrecida y se halla bajo juicio, y como consecuencia el mundo también es empobrecido y se halla bajo juicio.

Cuando Cristo sea fielmente predicado y la palabra y la ley de Dios sean obedecidas en Sion, es decir, por el pueblo de Dios, los hombres vendrán a nosotros buscando a Cristo y la salvación. Y así Dios honrará a un pueblo que honre a Dios y obedezca Su palabra. El hecho de que la iglesia va por allí llamando a las puertas del mundo me sugiere que algo anda mal. La bota se encuentra en el pie equivocado. Debido a que la iglesia no honra a Dios esta no es bendecida y prosperada en su misión al mundo. De este modo la iglesia en nuestro tiempo se halla en decadencia. Trata de remediar esta situación inventando todo tipo de programas que ofrezcan incentivos a los no creyentes para persuadirlos a asistir a la iglesia. Y uno de tales programas o medios para “hacerles entrar” y aumentar el destino de la iglesia es el evangelismo. En la mayoría e estos programas evangelísticos el evangelio no es predicado a fondo. Es diluido y orientado para darle a la gente lo que quieren, o lo que algunos comités evangelísticos piensan que la gente quiere. El evangelio ofrecido es un evangelio blando, un tiempo fácil en términos fáciles con una felicidad eterna en el fin. A menudo es un poco mejor que las indulgencias ofrecidas por la Iglesia Católica Romana en el tiempo de la Reforma, pues la esencia del mensaje puede ser reducido a esto: “únase a la iglesia, ayúdela a recuperarse de su destino decadente y obtendrá una recompensa eterna en el cielo.” Pero ese no es el evangelio o la palabra de Dios.

Ahora, no estoy negando la validez de las misiones a las ciudades, los pueblos o en cualquier otro lugar. Nada está mal con el evangelismo *per se*. Es una tarea requerida a la iglesia y Cristo le ha dado el oficio y ha llamado específicamente a algunos en la comunidad de Su pueblo para hacer esta labor. Lo que es erróneo es la idea del evangelismo como una respuesta a los destinos decadentes de la iglesia. Hoy, lo que a menudo se hace pasar por evangelismo, es simplemente un medio para reclutar miembros para la iglesia en las calles, y esto no responde a la decadencia de la iglesia. Como resultado la gente viene a la iglesia, pero no tienen una idea clara de lo que se trata todo esto o de qué trata el Cristianismo. Sus cabezas están llenas de ideas equivocadas y no se hace ningún intento por sacarles del error de sus concepciones equivocadas, pues eso los alejaría otra vez. Piensan que la iglesia existe para servirles y para darles entretenimiento. A menudo es vista simplemente como un club para gente agradable. No quieren poner mucho esfuerzo o trabajo en la iglesia, ni alterar el tenor básico de sus vidas. Esto es porque el tipo de evangelio que recibieron fue uno cuyo propósito era hacerles entrar. No fue el evangelio de

Dios, sino el evangelio de una iglesia decadente desesperada por tener miembros.

Conclusión

La Biblia nos dice que “es tiempo de que el juicio comience por la casa de Dios” (1 Pedro 4:17). Cuando la iglesia está en decadencia, entonces es vital que veamos la mano de Dios obrando, pues *todas* las cosas son gobernadas por Su voluntad. Es una necesidad pensar que mejores programas evangelísticos, cruzadas mejor organizadas, etc., van a corregir la situación, como si fuese una falta de estas cosas la que condujo a la decadencia de la iglesia en nuestra sociedad – en primer lugar. Debemos ver más bien a la causa real del problema. Debemos buscar a Dios y pedirle que nos muestre porqué ya no está prosperando Su iglesia, porqué *Él* ha producido esta situación. La iglesia no decae a causa de sus enemigos, ni debido a tiempos difíciles o porque la sociedad se haya endurecido. La iglesia nunca ha decaído como resultado de esas cosas; siempre las ha superado. Dios puede revivir Su iglesia y su obra en lo más duro de los tiempos y entre los hombres más duros, y lo ha hecho a menudo. Tal dureza en los hombres y en la sociedad nunca cuenta para la decadencia de la iglesia. Por lo tanto, cuando la iglesia está languideciendo, como sucede en nuestro día, no debemos ver hacia fuera, hacia el entorno impío de la sociedad como la causa – esto ciertamente es poner el carruaje delante del caballo, pues tal entorno social impío a menudo es el resultado del abandono de su llamado en este mundo de ser sal y luz por parte de la iglesia, para preservar la sociedad. Ni debiésemos buscar remediar la situación inventando programas dirigidos a atraer a los no cristianos a la iglesia con la adoración de entretenimiento, etc. En lugar de eso debemos buscar entender porqué Dios ha hecho que esto pase, pues Su mano ciertamente está operando en ello. La causa de la decadencia de la iglesia en nuestra nación es el juicio de Dios sobre la infidelidad de la iglesia. Por lo tanto, la iglesia debe volverse a Dios y comenzar una vez más a vivir en obediencia a Su palabra en todas las cosas.

Por supuesto que la iglesia debiese proveer para el evangelismo como una parte de su ministerio, pero no como una oportunidad para aumentar la membresía o reclutar nuevos miembros o para cubrir los problemas reales que enfrenta. La respuesta a la decadencia de la iglesia en nuestra nación hoy es la predicación fiel y la práctica de la totalidad de la palabra de Dios por parte de aquellos que son miembros del cuerpo de Cristo. Ninguna cantidad de evangelismo puede alterar esto. Los programas evangelísticos no hacen que las iglesias desobedientes se vuelvan fieles, simplemente llenan las bancas de las iglesias desobedientes con nuevos miembros.

Por tanto, es claro que muchos de nuestros líderes actuales en la iglesia han dispuesto mal sus prioridades. La prioridad de Dios no es una iglesia *llena*, es una iglesia *obediente*, y no será hasta que la iglesia haya aprendida esta lección vitalmente importante y se arrepienta de su infidelidad y apatía que nuestro evangelismo y nuestra apologética, nuestro razonamiento y argumentación de la fe, comenzarán una vez más a llevar fruto verdadero y dirigirán a la extensión del Reino de Dios en la tierra.